



## La mujer del cuadro

PARIS 1 de septiembre de 2023

Era el tercer día que Martine no contestaba mis llamadas, ni mis whatsapps. Siempre que viajaba sola se comunicaba conmigo de una forma u otra, y hacía que me sintiera partícipe de sus viajes. Al mismo tiempo, era consciente de que yo me preocupaba en exceso; en esta ocasión

hacía tres días que no sabía nada de ella.

Mis peores pensamientos empezaron a sugestionarme. Me presionaban, se revolieron contra mi pasividad, llegando a provocarme un estado de ansiedad tal que solo podía reducirla si hacía alguna cosa por saber de ella. Rápidamente, decidí actuar, lo que no es habitual cuando me encuentro en este estado, pues suelo acabar enredado en mis propias reflexiones, paralizado y sin saber qué hacer.

A las 11:30h tomaba un TGV desde la Gare de Lyon, en París, con dirección a Barcelona. Me dirigía a la localidad catalana de Sitges, adónde Martine me dijo que pensaba ir cuando me llamó por última vez para darme las instrucciones relativas al cuidado, durante su ausencia, de Oli, su gatito.

Una vez en el tren, se agolpaban dudas y preguntas en mi cabeza. Si era racional lo que estaba haciendo, si había sido de nuevo una acción fruto de mis temores, o simplemente si ella estaba disfrutando de su espacio y de su soledad, de los que era tan celosa, y yo me iba a interponer en la decisión que había tomado. Estuve meditando dar media vuelta.

Dejé a un lado mis contradicciones y empecé a analizar los motivos por los cuales Martine, sin apenas haber intercambiado más palabras conmigo salvo para decirme que cuidara de Oli, tomó la decisión, de forma tan improvisada, de viajar a Sitges. Era evidente que existía alguna razón con la fuerza suficiente como para justificar este desplazamiento. Días atrás la había encontrado aturdida, algo había en su mirada, triste, como si estuviera reflexionando sobre unos pensamientos que no encontraban respuesta.

SITGES el mismo día,

Llegué pasada la media tarde y me dirigí al mismo hotel dónde hacía escasamente un mes habíamos estado alojados. Imaginé que ella habría vuelto allí, porque nos fascinó.

Nos había trasladado a épocas en las que el arte se plasmaba en fachadas, ventanas y puertas, ubicado en el centro de la población, en un edificio modernista. Sitges emana una personalidad propia que se ha ido forjando, en buena medida, influenciada por el arte y los muchos artistas seducidos por su luz mediterránea, por sus calles, por su gente, y si en algo nos había sorprendido era el hecho de que una población tan pequeña tuviera una oferta museística, tan importante. Y, entre esa oferta destacaba el museo del Cau Ferrat – Maricel, su obra pictórica impresionista de Santiago Rusiñol, Ramon Casas o Miguel Utrillo, entre otros. Y cuadros y dibujos de Picasso, del cual había una exposición temporal. Éramos unos enamorados del *art Nouveau* y para nosotros fue una inesperada sorpresa.

Claro, ¿cómo no lo había pensado...?! Recordé que cuando hicimos la visita al museo, ella se había quedado pensativa, como extrañada, al contemplar un cuadro en el que se apreciaba una mujer de rostro serio y tez pálida, en contraste con el vestido oscuro, negro, que posaba buscando un apoyo, mirada ausente, de desagravio, en situación reflexiva, absorta. Imagen y expresión que a Martine, según dijo, le recordaba a alguien. Hasta en dos ocasiones más volvió ella sola al museo.

Guiado por mis presentimientos, me dirigí al museo y, si bien estaban a punto de cerrar, me confirmaron que una mujer francesa, de pelo castaño, de mediana de edad y estatura, había estado acudiendo diariamente desde hacía tres días, contemplando, con una fotografía en la mano, el cuadro donde aparecía la mujer vestida de negro con mirada esquiva; mostrando interés acerca de la persona que posaba en el cuadro, y en si el cuadro era un encargo de una dama de la sociedad del momento.

La persona que me atendió en el museo me explicó que la mujer del cuadro era una modelo a la que Rusiñol había pintado con frecuencia. Se llamaba *Stéphanie Nantas*, y había posado para varios pintores, y en obras emblemáticas de esta segunda etapa parisina del artista, entre 1983 y 1984, como *La novela romántica*, *Melancolía* y ésta que, sin duda, tanto había llamado la atención de Martine, *La Señorita Nantas*, quizás porque de aquellas, esta era la que se conservaba en el museo Cau Ferrat que habíamos visitado.

Una vez averigüé que Martine estaba bien y, por lo tanto, sin más preocupación que poderla abrazar, estuve paseando por las calles del viejo Sitges que rebosaban arte y olor a mar. Debo reconocer que mi olfato también había captado esos olores tan característicos de sus bares y ello me recordó que, tal vez, había llegado la hora de comer algo.

De vuelta al hotel, y cuando me encontraba en el mostrador de recepción, escuché su voz a mi espalda. “Pierre..., Pierre..., perdón, perdón....., perdóname”, balbuceaba ella. Me di la vuelta y Martine estaba allí, pálida, con una mirada de tensión que por un momento me recordó a la mujer del cuadro. Sin duda, estaba pidiendo a gritos que la abrazara.

Cuando estuvimos a solas, repuestos de la emoción y la alegría de vernos, me explicó el motivo de haber salido de París de forma tan precipitada; me enseñó una fotografía que había buscado, y por fin encontrado, de su abuela, a la cual no llegó a conocer. Su madre le había explicado que su abuela era hija adoptiva del matrimonio Fournier, quienes figuraban, por tanto, como sus bisabuelos.

El parecido de la fotografía de su abuela con la mujer del cuadro era espectacular, palmario. A pesar del tiempo transcurrido y del estado de la misma, parecía que se trataba de la misma persona. Ese fue el motivo por el cual Martine estuvo indagando acerca de Stephanie Nantas; de ahí supo que en su juventud había posado como modelo para unos pintores impresionistas, que llegó a enamorarse de uno de ellos y que, según se dijo, quedó embarazada. Es posible que ese fuera el motivo de posar como modelo, de espaldas y desnuda, en un diván, obra presuntamente inacabada de Ramon Casas, que también se ubica en el museo del Cau Ferrat y que se desconoce quién era la modelo de esta pintura, que curiosamente se ubica junto al cuadro de Rusiñol *La Señorita Nantas*.

No consiguió averiguar si finalmente llegó a tener la criatura, ni quien podría ser el padre. Lo cierto es que el parecido de la mujer del cuadro con su abuela, que esta fuera hija única y adoptada, y que sus bisabuelos, el matrimonio Fournier hubieran sido los porteros del edificio en las fechas durante las cuales los pintores impresionistas tenían su estudio, fueron suficientes motivos para que Martine decidiera emprender este viaje convencida de que su abuela era la hija de la mujer del cuadro.

L. Kane